



UN JUSTO HOMENAJE

POR SALVADOR AZUELA,
(escritor, periodista y jurista)

En su casa de El Risco de San Angel, invitados bondadosamente por él, conocimos hace varios años a don Isidro Fabela. Así empezamos a tratarlo en la esfera de la amistad personal. Lo estimábamos ya por su labor literaria, por su limpia conducta cívica y por la política internacional de la Revolución, a la que él contribuyó mucho, imprimiéndole caracteres prestigiosos en alto grado.

En Fabela lo mejor es el hombre bueno. De tal suerte lo siente todo aquel que estrecha su mano cordial. En la mirada, en el gesto, en el ademán, en aquello que le es peculiar, prevalecen los timbres de su bondad. Bondad activa y si es necesario batalladora, hija de una concepción de la vida que se inspira en la caballerosidad, que está por encima de la mera cortesía del que guarda las formas, presta a servir a las buenas causas con los mayores sacrificios.

El licenciado don José Vasconcelos nos ha contado que cuando se encontraba desterrado en Lima, por el año de 1916, Fabela llegó de paso a Río de Janeiro como embajador especial del gobierno de don Venustiano Carranza. Entonces mandó un llamado a su compañero y amigo en la aventura política del maderismo y en los trabajos memorables del Ateneo de la Juventud, para llevarlo a México, no obstante que el escritor de "La raza cósmica" se había significado como uno de los más enérgicos adversarios del carrancismo. Vasconcelos no quiso aceptar la invitación de Fabela, pero recuerda este noble gesto suyo.

Gobernador del Estado de México, Fabela construyó escuelas, caminos, hospitales. El mismo pudo decir que con su gestión se liquidaron los métodos del pistolero, que privaban en su tie-

rra natal. Los ingresos oficiales aumentaron de tres millones quinientos mil pesos a ocho millones y medio anualmente. Al concluir su ejercicio en la gubernatura, rindió un informe altamente satisfactorio y enfatizó que terminaba sus funciones políticas sin haberse manchado las manos de sangre ni haber dispuesto de un solo peso del erario del Estado de México, que no hubiese sido legalmente autorizado.

Entre las numerosas obras realizadas por Fabela, se destacan, en la ciudad de Toluca, la escuela y el auditorio Justo Sierra. Al concluir esta construcción, siente que ha cumplido con un deber sagrado. En palabras emocionadas evoca a su maestro de historia. La estatura corpulenta, socrática la cabeza, entra, a fines del siglo XIX, por la puerta central del viejo colegio de San Ildefonso, seguido del respeto y el afecto de los jóvenes. Y su cátedra es siempre una lección de verdad, de bien y de belleza.

El apego a la tierra es uno de los atributos de la personalidad de Fabela. Ante el paisaje de Atlacomulco, aprende desde niño el amor a la naturaleza. Fervorosamente sus padres lo forman en la disciplina del honor y el cultivo del arte y él se inclina frente a su memoria con reverente pleitesía, haciendo sentir al pueblo del Estado de México la dignidad de la familia vinculada a las virtudes de la ciudadanía.

El campo le sirve a manera de primera escuela de inconformidad. Se hace revolucionario al contagiarse con el descontento de los trabajadores más humildes. Los sufrimientos de la raza indígena son para él una experiencia que nada tiene que ver con la retórica ni con la demagogia.

Fue compañero de estudios de Antonio Caso desde que recibe clases de la educadora Brígida Alfaro, en la escuela de párvulos anexa a la Normal de Maestros, de la ciudad de México.

En la Escuela Nacional Preparatoria y en la Facultad de Jurisprudencia, fue también condiscípulo de Caso y de un grupo de hombres de letras, en el que figuran gentes tan importantes como José Vasconcelos, Genaro Fernández Mac Grégor, Alejandro Quijano y Eduardo Colín.

La amistad de Antonio Caso a Isidro Fabela asumió caracteres fraternales. Allá por 1934, cuando éramos adjuntos de Caso en la cátedra de sociología de nuestra Facultad de Jurisprudencia,

siempre que se trataba de su compañero de estudios, expresábase el maestro con notorio cariño.

Gobernador del Estado de México, Fabela levantó una escuela en Amecameca y le puso el nombre de Caso. Ningún homenaje más adecuado a don Antonio, cuya vida se consagró íntegramente a servir su vocación magisterial. Al inaugurarse el plantel, invitó a su amigo a la ceremonia y lo presentó al pueblo como ejemplo de probidad mental, exaltando su pobreza, que calificó de santa.

La vida política de Fabela presenta episodios nobilísimos. Diputado maderista en la XXVI Legislatura Federal, desempeñó también el puesto de secretario del gobierno de don Abraham González, el limpio Gobernador de Chihuahua, quien recién ocurridos los trágicos sucesos del Cuartelazo, fue mandado asesinar por el régimen de Huerta.

En la revolución constitucionalista, don Venustiano Carranza lo designó encargado del despacho de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Su nombre está asociado a la política de dignidad internacional de México. Y para Carranza guarda, en todas las horas, un sentimiento de lealtad que pone de manifiesto las mejores calidades morales de Fabela.

Embajador de México en la Sociedad de Naciones de Ginebra, desde esta alta tribuna defiende a China, a España y Etiopía. La conducta de México se significa entonces por su clarividencia, señalando los peligros de la Segunda Guerra Mundial. La influencia de Fabela resulta profundamente beneficiosa y contribuye mucho al ambiente de crédito internacional conquistado por México.

Entre los numerosos trabajos literarios de Fabela, vale la pena recordar su discurso sobre el Quijote. Con este trabajo ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua, en la que Alfonso Cravioto hizo un bello elogio de su correligionario en política, en sesión memorable.

El Quijote ha sido materia de numerosísimos comentarios; unos de tipo documental y erudito, otros de carácter filosófico. Fabela hace en el suyo un bello elogio de la palabra, en el que se percibe su vocación de escritor y nos pone en contacto con el alma magnánima de Cervantes y el simbolismo de los personajes de la obra inmortal.

España y Francia son las naciones que Fabela siente más próximas a su sensibilidad y que elogia con mayor devoción.

Antes de concluir su encargo como Gobernador del Estado de México, el ciudadano de Atlacomulco quiso despedirse de sus conterráneos. Lo hizo con sencillez y brío, evocando a las gentes de su linaje.

Con gran placer respondemos la invitación del comité organizado para rendirle homenaje público. A los cincuenta años de una vida primordialmente consagrada a las tareas intelectuales aceptando todas las responsabilidades que al hombre de pensamiento impone el ejercicio superior de la acción cívica, en Fabela continúan enlazadas, armónicamente, las más grandes preocupaciones universales y la vida sencilla.

El Universal, 19 de julio de 1958.